

Con crema o con dulce

Juan Camilo Jaramillo

Publicista y profesional en Estudios Literarios de la Universidad Pontificia Bolivariana, a veces escribe cuentos, algunos de los cuales han sido publicados en revistas colombianas, otros en antologías argentinas. Participó de La Sastrería, un colectivo literario de la ciudad de Medellín, ahí escribió e ilustró un pequeño diario de viajes llamado Buenos Aires 1441.

“El impulso crece hasta el deseo, el deseo hasta el anhelo, el anhelo hasta un ansia (con gran pesar y mortificación del que habla y desafiando todas las consecuencias) es consentida”

Edgar Allan Poe

Mi única pérdida en la vida ha sido el flan con crema, tuve que dejarlo porque no lo sé preparar y nunca me han gustado los que venden en cajita. Hace años lo decidí y me aterra que de todos mis odios ninguno haya provocado principios tan firmes como mi desprecio a los restaurantes, no volveré a probar un flan pero tampoco tendré que soportar a esa gente que, a veces, come por fuera.

Esquivar los restaurantes no es como dejar de ver a la abuela; ni el tiempo ni la pereza cuentan como válida elección, se necesita más voluntad y he descubierto una explicación convincente que pueda ser descrita con relativa uniformidad. Las razones en general no importan, lo que termina por evitar las invitaciones incómodas a cumpleaños ajenos, días de la madre y bienvenidas eternas, se debe a un sistema de argumentos perfectamente ordenables, que al tercer o cuarto punto, canse tanto al incrédulo anfitrión, que finalmente tenga que decir: de cualquier manera la tocineta ya no es la misma o que mejor será en otra ocasión.

Un restaurante es la casa de todas las mañás. Las aberraciones cotidianas más disimulables –que en mi experiencia son las únicas dignas de narrar– se presentan sin disculpa en las mesas de más de dos sillas. ¿Cuántos semáforos se habrán volado para no perder la reserva? ¿Que podrían estar haciendo en vez de comer? y de eso se sienten ligeramente culpables.

Qué infamia, cualquiera puede sentirse un comensal, sentarse y ordenar, mirar la carta –alto nombre para un menú, como si uno escribiera menús a los amigos que viven lejos– preguntar sin falta si eso me lo pueden cambiar por esto, es que el médico me prohibió que ta ta ta ... demorarse por obligación en la elección del plato, dejar esperando al mozo, total está pago, pedirle recomendaciones suponiendo una estúpida imparcialidad, retrasar al resto de los acompañantes, quizá más diestros en esto de los guisos, decidirse por alguno y superar ese miedo enterrado y egoísta, inadvertido casi siempre, de no llevarse lo mejor. Desprenderse de todas las otras opciones no electas, sentir las imposibles por ahora, y empezar el duelo indulgente del propio gusto. Hambrientos y egoístas, necesitados de certeza. Insoportables a la idea de no pedir exactamente lo que querían, sospechar que cualquier otra opción los acosara de repente en cenas paralelas donde la única variante sea la salsa de la carne, acompañarse del fantasma hasta la llegada de la comida y comparar por ley universal las cantidades de los otros, sentirse satisfecho o inconforme y no pensar en eso más que una miserable porción del tiempo que fue empleado en la lectura del menú.

Devorarse el plato mientras se revisa un derrotero de conversaciones excusables, mezclar dos necesidades de diferentes talentos, una siempre debajo de la otra, como si se pudiera respirar y amar al mismo tiempo. Agradecer el haber venido, me la pasé tan bien y la comida excelente, ¿qué tal un postre? –A mí me gusta el flan– aceptar que retiren la evidencia, una bandeja medio sucia, apilada de sobras que se va alejando fuera de contexto, la última mirada y un atisbo en medio de la gula y la caridad, la etiqueta que decide y los ideales se derrumban, desear una mascota por primera vez en la vida, que me lo empaquen, no mejor no, ya fue.

Calcular lo consumido, restarlo del total, evaluar el servicio y la amabilidad, resolver una cifra justa o pasar por estudiantes y no dejar propina. Atacarse de elogios y promesas de repetición, la próxima invito yo y ¿te gustan los mariscos? El protocolo común, la fila que acosa y el primer espanto que advierte; la introspección tardía, una revelación de parrilla, el desprecio propio y la seguridad de ser la última vez.

El disfrute anterior y el placer que se sacia apenas en un recuerdo, lo debí haber llevado. Distraer el hambre actual y enfrentarla con todos los almuerzos del mundo; cenas familiares y aniversarios, reuniones de los Vélez y fiestas de 15 años, platos fríos y lasañas de afán, porque somos 20.

El desaire acumulado, la lucidez al fin merecida y un odio que decreta: la gente de los restaurantes no se conoce, no ha medido su propia insatisfac/

Llega el postre.